
V I D A
DE TEOFRASTO.

Si los talentos ó habilidades que pertenecen al entendimiento pueden ser sofocados por la desgracia, y recibir grandes socorros de las ventajas de la fortuna; tambien es bien dificil, en el seno de las riquezas, el preferir desvelos laboriosos al dulce reposo de la molicie. Por esta razon se ha observado en todos tiempos, que el hombre que debe elevarse algun dia sobre los otros por las producciones de su ingenio, nace ordinariamente en aquel estado de

desgracia ó mediocridad, que impone la necesidad del trabajo.

Es cierto que en esta penosa situacion, el hombre báxo y desidioso no dexa la inaccion sino obligado por las necesidades físicas que le urgen; pero si noble y esforzado fué arrojado por la suerte á las últimas clases de la sociedad, se indigna del desprecio de la turba brillante á quien la casualidad del nacimiento, ó los favores de la fortuna, ha ensoberbecido, y se eleva por efecto de su ingenio sobre todas las clases, y se venga así por la admiracion que inspira de su injusta extraccion.

De este modo Teofrasto osó luchar contra los rigores de la suerte. Nació en una clase comun: Melánte, su padre, era

un simple Batanador : su patria fué Erésá , en la Isla de Lesbos.

Los vecinos de este jóven, que la Grecia debía admirar algun dia , le creían condenado para siempre á seguir la obscura industria de su padre. Pero, por fortuna , un cierto Alcippo , ó Leucippio (1) , daba en Erésá lecciones de filosofia , y recibió al jóven Teofrasto en el número de sus discípulos.

No podia éste permanecer largo tiempo en esta escuela po-

(1) Leucippio de Abdera fué el autor de los principios desenvueltos despues por Domócrito , su discípulo , y por Epicuro. Pero el Leucippio , de que aquí se trata , era de esta misma Villa de Erésá , en donde tenia escuela.

co floreciente , quando en la Grecia entera resonaba la gloria de Platón. De todas partes venian las gentes á escuchar las lecciones de este eloqüente filósofo : su ardiente imaginacion inflamaba todos los espíritus : los fieros tiranos de la Sicilia , demasiado corrompidos para gustar de sus principios , querian á lo menos contarle entre el número de sus cortesanos , y el jóven Teofrasto se creyó digno de escucharlo.

Se embarcó , llegó á Athenas , fué recibido en la Academia , y siguió largo tiempo al brillante discípulo de Sócrates ; pero le dexó por Aristóteles , luego que este ingenio ambicioso , cansado de no ser célebre sino por los principios de su maestro , emprehendió levantar escuela con-

tra escuela , y doctrina contra doctrina.

Nuestro jóven filósofo habia tenido hasta entonces el nombre de Tirtame ; pero este nombre poco sonoro , heria el oído delicado de su nuevo maestro : Aristóteles le dió el de Teofrasto (1), por el qual daba una especie de homenaje á la divina eloqüencia de su discípulo.

No obstante , la religion de los Griegos , traída por las Colonias egipcias y fenicias , que los habia civilizado , alterada á la vez , y hermoçada por las invenciones ingeniosas de sus pro-

(1) Teofrasto , que tiene un lenguaje divino , una divina eloqüencia.

pios poétas , y embarazada de estúpidos errores del vulgo , estaba herizada de todo género de supersticiones. Pero estas supersticiones , ridículas á los ojos de los sabios , eran amadas de sus Sacerdotes y de sus encargados de las víctimas , á los quales enriquecian ; y del pueblo , que gusta mas bien de ser seducido , que no ilustrado. Sospechaban que Aristóteles no creía la eficacia de los sacrificios ; los devotos , y sobre todo , los hipócritas se preparaban á intentar contra él una acusacion de impiedad ; él buscó , contra sus enemigos , un retiro en Chalcis , en la Isla de Eubéa ; queriendo , decia , ahorrar á los Atenieses un nuevo crimen contra la filosofía.

Ninguno de sus discípulos

manifestaba los mismos talentos que Teofrasto; y así fué á éste á quien dexó por su partida á la cabeza de su escuela, 322 años antes de nuestra era.

Báxo de un tal maestro, el Peripatetismo no podia degenerar. Teofrasto reunió mas de dos mil discípulos, y no se desdenó de hacer partícipe de sus lecciones á Pompilio, uno de sus esclavos, persuadido á que los frutos de la sabiduría deben prodigarse á todos aquellos que son capaces de apreciarlos.

De este modo salió de su escuela Menandro, el autor mas célebre de la nueva comedia, é hizo ver sobre el teatro la pureza del estilo, la honestidad de las costumbres, y la filosofía que habia sacado de las lecciones de

su maestro. El tiempo nos ha privado de la lectura de sus obras; pero algunas de sus sábias máximas, de las quales estaba penetrado, han llegado hasta nosotros.

¡Ó dias felices, aquellos en los quales el hombre ocioso no va al teatro sino por agradar á su displicencia, y vuelve instruído en las máximas mas provechosas de sabiduría!

Si de Teofrasto no conociéramos sino escritos, dudariamos todavía si debiamos colocarle entre los verdaderos filósofos. Especulaciones justas, profundas, ingeniosas, superiores á los conceptos vulgares, constituyen el talento, y no la filosofía. Ésta consiste en la práctica de la virtud; pero de aquella virtud es-

[152]

clarecida por la razon. Teofrasto lo sabía; y así no se distinguió menos por la dulzura de sus costumbres, y por su carácter humano y bienhechor, que por sus luces y su eloqüencia.

El amor de sus conciudadanos fué la recompensa de sus virtudes: la admiracion de los extrangeros, y la estimacion de los Reyes, fueron el homenaje que obtuvieron sus talentos. El se vió honrado de Casandro, hijo de Antípatér, y Rey de Macedonia: Toloméo, Rey de Egipto, intentó llevarle junto á sí. El sabio, si es hombre privado, no consume su vida en viages; pero es reconocido á la estimacion de los Príncipes, porque ésta, prueba en ellos calidades que pueden ser útiles á sus naciones.

[153]

Los amigos de la sabiduría pueden reconocer, por el exemplo de Teofrasto, quan grande es su imprudencia quando desdeñan la estimacion del pueblo, que afectan frecüentemente despreciar. Un cierto Agnonides no temió acusar á nuestro sabio de impiedad; pero solo consiguió hacer caer sobre sí la indignacion de los ciudadanos, y le costó no poco trabajo el evitar su propia proscripcion.

Tanto amor, sin embargo, no pudo asegurar el reposo á Teofrasto. Sofocles, hijo de Anfíclides, traxo una ley (306 años antes de la era vulgar) que prohibia, báxo pena de muerte, á todo filósofo de tener escuela, sin estar autorizado por un decreto del Senado y del pueblo. Sin

duda lograba aquel un gran credito para dudar , que semejante cláusula fuese inútil , y que el decreto pudiera obtenerse. Todos los filósofos salieron de Athenas ; pero su destierro no duró mucho. Sofocles fué acusado á su vez el año siguiente , y condenado á pagar una multa crecida. Los filósofos fueron llamados , y Teofrasto obtuvo el permiso de volver á abrir su escuela.

Bastantes gentes , porque su entendimiento es corto , creen que la inteligencia de un solo hombre no puede extenderse sino á un solo objeto. No pensaba así el amable y sabio sucesor de Aristóteles , porque hallaba en su continua aplicacion , en la vasta extension de su ingenio , en

la limpieza de sus ideas , en la viveza de sus conceptos ; y en fin , en la larga duracion de su vida , el medio de seguir con fruto todo género de estudios ; y así dexó un gran número de obras sobre materias de lógica , de física , de metafísica , de moral , de geometría , de fisiología , de política , de historia natural , de medicina , de literatura , de poética , de retórica , de música , de gramática ; y no tuvo á menos el escribir tambien dos libros sobre el amor.

Diógenes Laercio nos ha conservado los títulos de sus obras , las quales componian mas de 400 volúmenes.

“Dícese que Teofrasto , próximo á morir , acusaba á la naturaleza de haber prodigado á

„los Ciervos y á las Cornejas
 „una larga vida, la qual les era
 „inútil, y de no haber conce-
 „dido á los hombres sino un
 „corto número de años; á aque-
 „llos, que si sus dias fueran mas
 „largos, podrian penetrar todas
 „las ciencias, y conducir las ar-
 „tes á su perfeccion.”

Pero este pensamiento no es
 justo, ni propio de un discípulo
 de Aristóteles. Debíó aprende-
 der de su maestro lo que las ob-
 servaciones modernas han confir-
 mado; esto es, que de todos los
 animales, excepto el Elefante, es
 el hombre el que goza de mas
 larga vida.

Los Griegos confirmaron el
 juicio de Aristóteles, y miraron la
 eloqüencia de Teofrasto como di-
 vina. Ciceron le llama el mas ele-

gante y mas sabio de los filóso-
 fos.

Séneca, que le era un poco
 menos favorable ú afecto, y que
 no quería admitir la divinidad de
 su eloqüencia, le concedia, no
 obstante, una elocucion dulce,
 clara, y producida sin trabajo.

Un rasgo de su vida nos ha-
 ce conocer la delicadeza del oído
 ateniense. Él fué jóven á Athe-
 nas, y quasi no salió de allí, y
 así la elegancia de su diction le
 habia procurado la general acep-
 tacion; sin embargo, no habia
 podido contraer toda la finura de
 la pronunciacion ática.

Un día que regateaba con una
 vendedora una cosa que quería
 comprar, le dixo aquella: “Ex-
 „trangero, no la puedo dar me-
 „nos:” Ella conoció en el acen-

[158]

to de Teofrasto, que no era ateniense, y esta observacion causó cierto disgusto al filósofo.

Segun Diógenes Laercio, Teofrasto murió de 85 años; pero los manuscritos de sus caracteres dicen los escribió á la edad de 99. De un pasage de S. Jerónimo se infiere, que falleció á los 107. Es verdad que el Santo parece habla de un Temístocles; pero como le hace decir al fallecer, poco mas ó menos, las mismas palabras que atribuye Ciceron á Teofrasto, se cree que sea este mismo de quien se trató, y que su nombre ha variado por la ignorancia ó negligencia de los copiantes. Lo que puede inspirar alguna desconfianza es, que varios escritores han conservado los nombres de los filósofos,

[159]

de vida extraordinariamente larga, y entre ellos no se hace mencion de Teofrasto. Gocemos de lo poco que nos queda de sus escritos; porque, ¿qué nos importa presentemente la edad que tenia quando los compuso, y el tiempo en que falleció?

NOTA.

No se incluyen aquí los caracteres de Teofrasto, por hallarse ya traducidos al castellano, con arreglo al texto griego, de orden del Supremo Consejo de Castilla, por D. Ignacio Lopez de Ayala.